



César Villagra: un pionero de la seguridad en el país del viento

Este humilde terminador de pozos sentó las bases del compromiso hacia la vida y el cuidado de las herramientas en tiempos en que aún no era lo usual; su ejemplo hizo escuela en la Cuenca Neuquina

El por entonces vicepresidente de Operaciones de Pride International Inc. para América latina se hallaba en su oficina de la zona de Uptown de Houston, Texas cuando le acercaron la lista anual de candidatos anuales al premio de la seguridad. La leyó por pura formalidad, porque estaba casi seguro del contenido. Y, sí, allí figuraba otra vez el mismo equipo de perforación: el PI 258, comandado por César Villagra. Por enésima vez, el saldo de accidentes era cero. Insólito.

Comprendió que esta vez tenía que tomarse el avión para ir a entregar el premio personalmente: era hora de conocer al personaje, de estrecharle la mano y de escuchar lo que quisiera enseñarle. Pero, cuando el rubicundo texano llegó a Neuquén, donde el viento puede alcanzar ráfagas de 90 km/h en un día malo –y en alguno bueno, también–, le presentaron a un hombre callado y tan sencillo y tímido que difícilmente tuviera en mente darle consejo alguno. Fue precisamente esta personalidad,

silenciosa pero firme, de César Villagra la que impulsó a muchos de quienes trabajaron con él a insistir en que su historia fuera reconocida en estas páginas, donde se homenajea no solo la trayectoria, sino también al hombre.

La carrera de Villagra no contiene algunas de las etapas usuales en las historias de vida aquí plasmadas: ni becas en el exterior, ni gerencias, ni escritorios enormes, ni el paso por destinos exóticos. Se parece más bien a la de tantos hombres del petróleo argentino, esos que, con esfuerzo y cursos extras, compensan el colegio secundario que nunca llegaron a cursar con una rara virtud: la de la intuición. Y que, merced a ello, conocen su oficio como nadie.

César Villagra es considerado uno de los jefes de equipo más renombrados de la Cuenca Neuquina por su rigor inexorable en temas de seguridad. En once años seguidos, su equipo no padeció un solo accidente. Tal es así que, cuando en 2009 debió retirarse sin aún haber cumplido los sesenta, todos clamaron que se quedara.

Desde las manzanas

Nació en General Roca hace cincuenta y ocho años en una familia dedicada al cultivo de la manzana. Recuerda una infancia pacífica en aquellos terrenos cuadrados, protegidos por empalizadas vivas de álamos, que en las noches de verano tenían hojas de terciopelo.

Gente de trabajo, desde pequeño tuvo que ayudar, junto con sus seis hermanos, en la chacra que la familia aún tiene entre Allen y Guerrico. Por ese entonces, su padre emparejaba el suelo a caballo, y César era capaz de determinar la calidad de una *red delicious* a partir de los puntitos blancos concentrados en la parte superior de la fruta o de los cinco nudillos de la parte inferior. Cinco, y ni uno menos.

Sin embargo, había más para él en otra parte, y así lo sintió cuando se acercó, en 1983, a la por entonces Dresser para aprender el trabajo del pozo en Rincón de los Sauces, Neuquén. No tardó mucho en darse cuenta de que su vocación giraba alrededor del petróleo.

César aprendió prestando atención a los *terminators*, o terminadores de pozos de gas en la jerga. A la semana, manejaba la llave hidráulica, y ya no se detuvo. Se convirtió en un “viejo de pozo” hecho y derecho en poco tiempo. Comenzó en ese vértigo de pasar treinta o cuarenta días en el pozo, porque aún no se había instituido aquello de veintiocho días por siete ni ninguna versión similar. “Nos íbamos cuando llegaba el relevo”, explica, y se encoge de hombros. “Y, si no, no nos íbamos”.

Pero lo que gusta no pesa. En Cutral Có, donde se hallaba la base de la Dresser, lo esperaba su familia: María del Carmen, su novia desde la juventud –vecina de la chacra paterna– y sus hijos, Walter y Silvana, que ya le han dado un nieto cada uno. “Los extrañaba, por supuesto, pero estar en el pozo era un segundo hogar”.

Pronto los jefes de equipo notaron que tenían entre ellos a alguien que aprendía rápido con un sorprendente sentido de la responsabilidad. Entendió lo que significaba la seguridad sin que nadie se lo explicara. “Además, por aquella época, el tema no estaba tan instalado: había afiches de advertencia, algunas indicaciones, pero poco más”.

¿Y en qué consistía su toque de Midas? “Partía del

principio que había que mantener a la gente viva, entera; y las herramientas, limpias y sin roturas”. Y los obligaba. Primero, a sus colegas. Y, después, a sus subordinados. No era tarea fácil. “Pocos tenían el tema de la integridad en la cabeza, y era difícil mentalizarlos”, recuerda. Hacerles entender que, si una mordaza caía al pozo, tenían que avisar porque las consecuencias podían ser peores. “Y mucha gente no avisaba –recalca–. Al principio, siempre había que vigilar, después se fueron haciendo a la idea”.

Así fue que, de repente, los demás veían a César, siempre tan tranquilo y bonachón, reprender al operario que transgredía alguna regla, como no usar casco con la excusa de “¡Pero si no pasa nada!”, o incluso impedir el paso a los inspectores que alguna vez intentaron franquear una zona que aún no se había plaqueado. “Simplemente, no los dejaba”, dice; y aunque de afuera no parece, es capaz de un tono duro y exigente.

Tanto aprendió que, cuando en una ocasión el pozo que ensayaban tuvo una surgencia y el fuego se propagó por todas partes, demostró saber más de la espuma que debía apagarlo que los propios bomberos.

La contraparte, según asegura, fue que perdió años de ascensos laborales antes de llegar a jefe de equipo. “No me dejaban ir, tenía superiores que pedían: ‘No me lo saquen’”, recuerda. Todavía no ha resuelto si prefiere sentir nostalgia o contrariedad al respecto. Y enumera su trayectoria: cuatro años como operario de boca de pozo, otro de enganchador, un par de años como maquinista, y hasta retirarse, en 2009, se desempeñó como encargado de turno y jefe de equipo al mismo tiempo. Estas últimas tareas están pensadas para dos personas, pero César se bastaba solo para hacer ambas.



La seguridad, modo de empleo

Desde que César empezó a trabajar hasta hoy, la seguridad ha evolucionado mucho, según aseguran, desde puestos más jerárquicos, quienes han trabajado con él. “El gran cambio ha sido de respetar la mera ‘seguridad dura’, es decir lo básico, lo que pasa por los cascos, uniformes y demás elementos de protección, a profundizar en la ‘seguridad blanda’, que es la actitud, el compromiso hacia el cuidado de la vida y las herramientas”.

No bastaba con saber controlar la dirección del poderoso viento local con el equipo necesario, sino saber dónde plantarse para evitar los gases tóxicos que este podía traer. Quizás ahora parezca impensable no presentar esta actitud; “pero, cuando César comenzó, no la había, y él fue el ejemplo, porque fue el primero en demostrarla: le nació y obligaba a los demás a asumirla”. Porque, más allá de la eficiencia de un equipo de trabajo, “siempre quedaba un margen de accidentes, y de allí no se bajaba”. Nadie se explicaba la razón, y residía en ese compromiso.

“Hoy, en 2010, la matriz de entrenamiento es compleja y muy extensa: el que entra en un equipo ya debe haber pasado cursos de seguridad; después se les dan charlas constantes, entrenamientos, simulacros; y al principio no trabajan, sino que observan”. Una vez que comienzan a trabajar, de todas formas, tienen mentores, que les van indicando y advirtiendo. Eso, insisto, no existía cuando César comenzó; pero lo intuyó, y su ejemplo se puede cuantificar simplemente porque con él cambiaron las estadísticas”.



Los premios

De este modo, el equipo que fue integrando y luego comandando César Villagra, el PI 258, fue logrando objetivos de “cero accidente”. “Excepto un dedo apretado con una cadena el primer año, cuando era boca de pozo, nunca tuve que lamentar ese tipo de problemas”, asegura Villagra.

Tanto su empresa, la San Antonio Pride, como la contratista (Chevron) hacían llegar sus recompensas –los usuales electrodomésticos, bolsos, cuchillos de asado–. Sin embargo, probablemente ni siquiera ellos habían profundizado en la importancia de la obra de Villagra hasta



que su equipo empezó a hacerse acreedor de los Pride International, que recompensan, a nivel mundial, a los empleados que logran completar determinados períodos sin problemas. Los hombres de Villagra lo lograron a los tres años, a los cinco, a los seis... Por eso, a nadie le extrañó que, al cumplirse once años sin incidentes, el propio ejecutivo de Pride tomara el avión para venir a conocerlo a El Trapial.

De esa anécdota queda, además de las fotos y del recuerdo de un generoso asado como solo los “viejos de pozo” saben hacer, una placa. Esta, si todo sigue como hasta ahora, se verá acompañada por muchas otras. Villagra no duda que habrá alguno de sus inefables compañeros y amigos para recibirlo: Víctor Carrizo, Rosario Carcione, Daniel Muñoz, Alejandro Giménez, José Correa, José Pino, Rubén Suárez, Guido Zúñiga, Jorge Sánchez, Alberto Puñi, Hugo Montigel, Hugo Funes, Rodolfo Cirica o Edgard Herrera, entre muchos otros. Eran sus hombres y aprendieron juntos a valorar la vida de los operarios y también sus herramientas.

“Fue muy duro dejar todo eso”, confiesa, al recordar su retiro. Merced al descenso en la producción, César



aceptó esa posibilidad y regresó a la tranquilidad de la chacra familiar de Roca. Allí, la producción nunca se había interrumpido.

Y la manzana aún le gusta, según dice, porque también es fruto de la tierra. “Pero la vida petrolera me gusta más”, afirma. ¿Qué parte? “Estar ahí, hacer las cosas bien, siempre aprendía algo nuevo”.

Desde Punta Arenas, Chile, una empresa petrolera se ha interesado por él. No le gustaría irse tan lejos. Pero echa de menos la vida del pozo, aun la de aquellas épocas, hace treinta años, en que las casillas eran más frías y los compañeros se turnaban para oficiar de cocineros; aun cuando algunas madrugadas de invierno se levantaba y todo estaba tapado por un manto blanco de nieve.

En los últimos años, todo era más cómodo: su tráiler, ese segundo hogar, una verdadera casa; y la seguridad, por la que tanto peleó, una serie de normas firmes que descienden directamente de la empresa madre. “La seguridad ya no es un simple eslogan, sino una manera de vivir”, confirmó en un escrito, con motivo de su viaje a conocer al equipo, Paul Ravesies, gerente general de Pride Argentina. “La tolerancia cero para los actos inseguros no solamente es política de la compañía, sino que trabajar con seguridad es responsabilidad personal de cada uno... También afecta al futuro de la compañía, dado que nuestros clientes no desean trabajar con empresas que no respetan las normas de salud, seguridad y ambiente”.



Así lo entendieron todos estos años Villagra y sus hombres, y todos quienes han trabajado con él, que lo ven como un ejemplo que hay que dejar para todos los petroleros. ■